



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

LO QUE SE VE DETRAS DE LAS MEMORIAS DE CABRERA.

EL EX-MINISTRO PIDE PARA SU SANTO.

POR ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ.

Después del exordio sensiblero; después de la malintencionada explotación de una vida privada que nadie quiere, hoy por hoy, poner en tela de juicio; después de confundir adrede y con ulteriores propósitos la obra del revolucionario y la obra del gobernante, comienza Luis Cabrera a entrar en su argumentación sofisticada de panegirista interesado, y continúa imperturbablemente su tarea de dignificar el crimen.

Ha procedido en esto como un defensor de oficio ante un jurado popular. Ya le parece haber preparado al auditorio. Ya observa que aquel buen burgués se limpia disimuladamente los ojos con el pañuelo; ya se dió cuenta que aquél otro oyente sencillo dá muestras de aceptar las falsedades de su oratoria efectista; ya las cosas están en punto, y de allí a la absolución no hay más que un paso.

Pero Cabrera se equivoca. Esos señores conmovidos hasta las lágrimas o convencidos de antema.

no por la actitud del orador, no son aquéllos a quienes pretende convencer y a quienes dirige disimuladamente sus prédicas; éstos han descubierto el juego; saben que el defensor pide para su santo, y que el aparente elogio del Presidente Carranza no es sino una burda maniobra de autodefensa.

Principia a darse cuenta el ex-ministro de que no es asunto sin tropiezos juzgar a priori de las buenas intenciones cuando los hechos se encargan de probar que esas buenas intenciones no existieron nunca, o fueron a la postre burladas. Esto último se llama traición. Por tal motivo, al darse cuenta el panegirista de la debilidad de su procedimiento, se enreda en sus exposiciones, cae en sus propias redes y transforma su defensa en una formidable requisitoria.

Porque no es un problema misterioso ni un indecifrabable secreto lo que guardaba el alquimista “en los crisoles fríos” y en las despanzurradas retortas—DESVENTRADAS, dice Cabrera con cierto neologismo eufemista,—y en “los reactivos esparcidos por el suelo”. Retortas y crisoles habían comenzado a volcar su contenido en la forma de la más nefanda dictadura, y acabó con ellos, de un golpe y a tiempo, la mano implacable de la revolución. Quizás pudiéramos asegurar que el alquimista pereció víctima de sus mismos filtros ponzoñosos.

Las malas causas entorpecen la habilidad del polemista por más que éste presuma de ser diestro en argucias y maestro de sofismas. De otra manera no podría explicarse cómo este manejador incansable de los hilos de una política tenebrosa, se atreve a recordar el artículo segundo de lo que él lla-

ma "Plan de Veracruz". Allí está la requisitoria contra el régimen caído. Allí están los principios falseados y las promesas no cumplidas. Allí está la promesa de satisfacer las necesidades económicas, sociales y políticas del país, que el gobierno carrancista violó con criminal impudicia. Allí está la igualdad convertida después en el más odioso sistema de privilegios. Allí están las leyes agrarias que sirvieron de pretexto para el despojo. Allí está la reorganización del ejército convertida en corrupción de la clase militar. Allí está la libertad de los ayuntamientos trocada en letra muerta por los atentados oficiales contra el Municipio libre. Allí está... Pero ¿a qué continuar con una enumeración que todo el país sabe de memoria? ¿A qué pasar revista de nuevo a la ruina moral, social, política y económica realizada sistemáticamente por la más culpable de nuestras dictaduras? El grupo de hombres de principios y de buena fe que acompañaron al Primer Jefe, saben de sobra que estas palabras se escribieron sobre arena y las borró el viento huracanado de la ambición.

En la política financiera asoma de modo más perceptible la oreja el defensor de sí mismo. Este lado del cuerpo le duele más y sobre este asunto comienza a darnos sus más curiosas revelaciones. Pero se engañará quien crea que va a desenvolver una exposición franca de su política hacendaria y que emprenderá una razonada justificación del más grande de nuestros desastres, de aquél que hizo de un país solvente el más desacreditado de los deudores y de un pueblo rico un Estado empobrecido.

En vano quiere don Luis Cabrera, por boca de Blas

Urrea, para entrar en el examen de la política bancaria, comenzar por aludir a la riqueza del cientificismo privilegiado. El defensor del gobierno de Carranza ha perdido los bártulos en materia de oportunidad. Que no evoque para sostener su tesis a la camarilla científica que, lentamente, a la sombra del favor oficial, con más o menos pudor y en forma casi siempre discreta para guardar las apariencias, acumuló fortunas durante la dictadura del General Díaz. Porque se nos viene súbitamente a la memoria la terrible comparación. El negocio ilícito de aquellos tiempos se convirtió por obra de la dictadura recién caída en robo descarado y brutal y si, como se piensa generalmente, hay que investigar de una fortuna sus orígenes y su empleo, nada bien librados saldrán del fallo de la opinión pública los que adquirieron sus riquezas por medio del robo y las gastaron en las más repugnantes orgías bajo la mirada complaciente del dictador.

Y en cuanto a la política bancaria,—allí le duele intensamente a don Luis Cabrera,—la exposición del caso presenta los caracteres de un cinismo desconcertante. La intención es visible: fué Carranza y no Cabrera... No importa que la aprobación de éste último haya venido después. El ex-ministro se lava las manos como... Herodes quien, según los historiadores, se las lavaba del mismo modo que Pilatos.

Pero hay una afirmación peregrina. Después de relatarnos con vivos colores la tutela bancaria que pesaba sobre viejos regímenes, Cabrera asegura que el gobierno que acaba de caer fué el único que logró prescindir de los bancos, y, para lograr este

propósito... se incautó de todas sus existencias en metálico. ¡Hermosa y sencilla combinación! Para librarse de la tiranía del casero, hay el simple procedimiento de asesinarlo. **RISUM TENEATIS AMICI?**

No, no puede, no podrá nunca don Luis Cabrera tapar el sol con una mano, y este sol de justicia y de reivindicación que brilla sobre las ruinas de un gobierno nefando, ha de poner tan vasta podredumbre a la vista de todos, sin que sean parte a evitarlo ni la rabia de los vencidos, ni los esfuerzos de los que quieren salir a flote en el mar de su ignominia sin recordar que llevan atada a los pies la bala de hierro de su propia culpa.

“El Heraldo de México”, junio 1o. de 1920.